

EL PROBLEMA DE LA FAMILIA⁸⁶

Todos los días se repite que la familia es la base de la sociedad, y ello no obstante, ningún esfuerzo serio se hace para mejorarla. Se insiste, por el contrario, en sostener absurdas leyes sobre el divorcio y algunas otras —enseñanza sin Dios, restricciones a la autoridad marital y paterna— que sólo sirven para relajar los vínculos familiares.

Más importancia se da al sindicato o al gremio, a la lucha de clases, a la industrialización, y en general, a cuanto se refiere a intereses puramente económicos, que a todo ese conjunto de valores espirituales que sólo en la familia encuentran asilo y refugio, acomodo y fomento.

Y si alguna vez el publicista o el sociólogo se ocupan de la familia, es para desnaturalizarla, para arrancarle su sentido ético, para ponerla al servicio de tantas tontísimas concepciones cuyo sólo mérito, muy dudoso sin duda, es el de ser modernas, absolutamente modernas, o sea destructoras del sentido moral y de las más respetables tradiciones.

Así lo hace notar, vigorosa y valientemente, un sociólogo de verdad, ya alguna vez citado y comentado por nosotros: Mr. Carle C. Zimmermann.

Después de demostrar con datos estadísticos irrefutables la decadencia cada vez mayor de la institución familiar, después de poner a la vista datos tan reveladores como éstos: en las ciudades de la Estados Unidos por cada cinco nacimientos se registran dos abortos, y por cada mil matrimonios, doscientos setenta y cinco divorcios legalmente declarados: después de comprobar que la degeneración y el aflojamiento de los vínculos familiares son en las sociedades modernas tan graves tan escandalosos como lo fueron en las peores épocas de Grecia y Roma, plantea esta afirmación de gran fuerza: “los dirigentes del racionalismo moderno siempre se han encontrado, siempre han figurado en movimientos contrarios a la familia”.

Pero no es esto lo peor, sino que las doctrinas sociológicas que acerca de la familia han sustentado y sustentan los publicistas contemporáneos,

⁸⁶ *El Universal*, 8 de enero de 1947.

desertores del ideal cristiano, sostienen en forma sistemática, no que la familia sufre un proceso de decadencia (como es innegable), sino que “ha ido ella mejorando cada vez más, que se ha ido aproximando a su estado ideal y que, en buena proporción, se encamina hacia el pináculo de su perfección...”

Se comprende hasta dónde semejante propaganda “científica” contribuye a agravar el mal que se padece.

A esta singular manera de invertir el planteo del problema, la considera Zimmermann como “la más notable falacia intelectual de todos los tiempos”, y al sostenerlo así no incurre en exageración ni en hipérbole.

No puede darse, en efecto, mayor falacia que la de llamar progreso a lo que es visible decadencia, y permitirse la afirmación de que algo que se corrompe, es algo que se perfecciona y eleva.

Pero así andan las cosas en esta singular época en que todas las enormidades y todas las aberraciones tienen cabida.

Por algo anuncia la Escritura que vendría una época en que el vicio sería calificado de virtud, a lo bueno se le tendría por malo, y a lo depravado por óptimo y excelente.

Porque aquí radica todo el mal, aunque la falsa ciencia no quiera confesarlo: en el abandono de los ideales éticos del cristianismo.

Con bastante claridad lo insinúa Mr. Zimmermann, cuando alude a “la ineficacia de los ideales morales inculcados a la juventud”, y cuando denuncia este otro hecho, paralelo al anterior: el hecho de que “las adhesiones a la doctrina moral del cristianismo han mermado mucho”.

A este abandono de la tradición cristiana tenía que suceder las más dolorosas consecuencias: en la teoría, la elaboración de sistemas que negando validez al contenido ético del cristianismo, en lo que a familia concierne, tenían que preconizar una mayor y más peligrosa libertad en las relaciones sexuales, el divorcio fácil como una de tantas consecuencias o implicaciones, y junto con él, la eugenesia, el control de la natalidad, y aun, en ciertos casos, la licitud del aborto. O en otros términos: lo contrario precisamente de lo que la moral cristiana predica.

Al hablar de moral cristiana me refiero, más concretamente, a la moral católica, ya que, por desgracia, hay sectas dentro del cristianismo que han llevado demasiado lejos sus contemporizaciones con la liviandad contemporánea.

A estas sectas poco escrupulosas quiso, a mi entender, referirse el mencionado señor Zimmermann cuando en uno de los más trascendentales pasajes de su bien sugestivo estudio asienta:

“hoy en día es muy importante que la Iglesia presente claramente a la sociedad los ideales éticos en que ha de asentarse la familia, y no que, por el contrario, trate de adquirir popularidad celebrando una componenda con las tendencias antifamiliares de nuestras clases burguesas e intelectuales. Si conserva su doctrina sobre la familia, por lo menos se quedará con algo; pero si ductiliza esta doctrina, contemporizando con los cambios presentes que acaecen en la familia, con el propósito de conservar el favor de las clases dominantes, no tendrá con el tiempo ni amigos ni doctrina.”

Apreciaciones son éstas que por su sinceridad y exactitud no admiten objeciones; si bien convendría aclarar que ellas no afectan en modo alguno a la posición de la Iglesia Católica, la cual ha sabido en el curso de los siglos mantenerse ajena, de modo invariable, a todo el género de componendas o contemporizaciones, en cuanto atañe a la santidad de la familia y al firme sostenimiento de sus principios tutelares.

Fuera de esta salvedad, bien poco hay que añadir a las vigorosas tesis del apreciable señor Zimmermann.

Con él habrá que estar de acuerdo en muchas cosas, y ante todo, en ésta: que nunca se insistirá bastante en pedir que “los investigadores PROCUREN ENTENDER la importancia que una doctrina ética tiene para el sistema social”.

Parece esto una vulgaridad, un simple lugar común, y sin embargo, pocas cosas hay de tanta trascendencia.

Si alguien lo duda, basta repetir con Zimmermann: “EL SIGLO XX ES MAS O MENOS INMUNE A LAS PREDICAS MORALES.”

No hay cosa que con más urgencia necesiten las sociedades contemporáneas, como el dedicar toda su atención, todo su empeño, al reajuste de las relaciones familiares sobre la base de normas macizas e incontrovertibles; ya que es en la familia en donde se forma la conciencia moral del hombre.

Si en los sistemas sociales de Occidente se ha extendido tanto la violencia que ha llegado hasta los peores extremos de la carnicería y del exterminio, esto se debe —afirma Zimmermann— a que la inhumanidad de nuestra época es producto en gran parte, de la decadencia familiar. No a otra cosa hay que atribuir el debilitamiento cada vez mayor que se nota en la “capacidad universal de simpatía humana”, en esa capacidad para conmoverse ante el dolor ajeno que constituye “la marca esencial de la civilización” y que hoy está por agotarse.

Tal es, al menos, la tesis de Zimmermann.

Ello no obsta para que él reconozca como factor igualmente decisivo, ese afán inmoderado de lucro, ese casi incontrolable impulso hacia la ganancia excesiva que forma otra de las características de nuestra aparatosa civilización, a despecho de sus alardes de adhesión a los más altos principios de cultura.

La reforma de la familia, y con ella de la sociedad, no ha de lograrse —subraya Zimmermann— con el engañoso y superficial remedio de la expedición de leyes penales, incapaces de suyo para penetrar hasta las raíces del mal. “La vida familiar no puede legislarse... No puede obligarse a la gente a que haga lo que no cree que debe hacerse. La gente debe que entender primero una cosa y creer en ella, antes de que la haga, en especial tratándose de un asunto tan delicado como la vida familiar.”

¿Y quién hasta ahora ha descubierto —es mi pregunta— un sistema moral eficiente y de prácticos resultados, que no se apoye en convicciones religiosas de sólido arraigo?